



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ACTORES CÓMICOS

MARIANO DE LARRA



Tiene gracia, es estudioso
y así su fama ha crecido.
¡Tiene un apellido honroso
y hace honor á su apellido!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La ley imposible, por Luis de Ansorena.—El condor, por José Estremera.—Pepa la morrocotuda, por Juan Pérez Zúñiga.—Bretonadas, por Antonio Peña y Goñi.—Razón ultramarina, por Adolfo Llanos.—Género epistolar, por Sinesio Delgado.—En los toros, por Angel Vela-Hidalgo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Mariano de Larra, por Cilla.—Teatro de la Alhambra (*Paranorama nacional*), por *Mecachis*.—Distracción inocente, por Cilla.



Mal se presenta la temporada teatral para los autores cómicos.

Casi todas las semanas caen al foso dos ó tres obritas del género alegre, con musiquilla regocijada; y eso que los comediantes no cesan de decir:

—¡Tenemos una zarzuela en ensayo!.... ¡El opio divino!

—¿De quién es?—se les pregunta.

—De un chico nuevo que ha venido de Cáceres á poner dos obras y á hacerse calzoncillos.

—¿De modo que el chico promete?

—¿Que si promete?... Ayer nos leyó una zarzuela en que hago yo un papel de mono del Brasil, enamorado de una planchadora andaluza, que va á alborotar.

La empresa y los actores suelen enamorarse de los chicos nuevos, y reciben con entusiasmo las obras que éstos producen, porque dicen que traen fresca la imaginación. De manera que basta presentarse en un teatro con una obra escrita en San Sebastián de los Reyes ó en Castro Urdiales para ser admitido con benevolencia.

—¿De dónde es usted?—se pregunta al poeta recién llegado.

—Yo, como ser, soy de Gerona; pero pasé toda mi infancia en Villalón, al lado de un tío que tenía fábrica de quesos.

—¿Y hace mucho que escribe usted?

—Desde los once años y medio. Lo primero que hice fué una piececita en andaluz para que la representara la registradora, que es de Vélez, y gusté bastante, tanto que comenzaron todos á decirme que me dedicase al teatro, y entonces ya dejé los quesos y lo dejé todo; pero como padezco tanto....

—¿De qué?

—De la erisipela. Cada ocho días se me inflaman los carrillos, el izquierdo sobre todo, y no me dejan escribir ni inventar los chistes.

—¿Y eso es de nacimiento?

—No, señor; es de familia. A mamá, si usted la ve, no la conoce, porque se ha quedado como una *monstrua*.

—Vaya, vaya. ¿Y trae usted muchas piezas?

—Traigo nueve; pero la mejor es esta que van ustedes á ver, porque está toda ella escrita en romance agudo.

—Sí, sí, la veremos.

El chico lee la obra y los oyentes se chupan los dedos de gusto. ¡Qué demonio de muchacho! ¡Parece mentira que se le hayan ocurrido todas aquellas cosas en Villalón!

Pues, sí, señor; la obra se pondrá en escena, aunque haya que pintar una decoración y hacer seis trajes para el coro y gastar todas las noches diez y ocho reales en bengalas y en una botella de gaseosa que tiene que beber en escena la segunda tiple. ¡No faltaría más!

Lo mismo el empresario que los cómicos dispensan al novel autor todo género de consideraciones; y uno le convida á café y otro á los novillos, y otro le regala una cartera de piel de caimán, porque nota que el poeta lleva los apuntes envueltos entre el tabaco.

—¿Quiere usted que le presente á los periodistas?—le dice el primer actor dándole una palmada en el cogote.

—Como usted guste—contesta el genio de Villalón.

Y, efectivamente, poco á poco va conociendo á todos los críticos más notables.

El primer actor suele hacer la presentación en esta forma:

—Tengo el gusto de presentar á usted á D. Celedonio Cabrales, joven poeta, que se hará aplaudir una de estas noches. ¡Hombre! Quisiera que leyese usted una oda, burlesca que escribió á propósito de una muela que no quiso sacarse el juez municipal de Villalón.... ¿Recuerda usted algo, Celedonio? Vamos, recítela usted para que se forme idea este caballero.

Celedonio recita la oda con cierta cortedad y el crítico ad-

quiere la firme convicción de que aquel joven, recién llegado de su pueblo, es un bruto muy grande.

No lo creen así ni el empresario ni los cómicos, que siguen agasajándole y poniéndole en los cuernos de la luna, hasta que llega la noche del estreno.

Entonces notan con dolor que el público silba.... ¡Oh, sorpresa! ¿Conque Celedonio no es un genio? ¿Conque les ha salido rana? ¿Hase visto animal semejante?

¿Y para esto ha gastado el empresario muy cerca de diez y siete duros?

Desde aquel punto y hora Celedonio comienza á perder terreno en el corazón de la compañía, y acaba por decir el primer actor á todos los que entran en su cuarto:

—¡Si no podía suceder otra cosa! ¡Si se lo dije cien veces á la empresa! ¿A quién se le ocurre admitir obras de un desconocido que, no sólo carece de práctica escénica, sino que además tiene dos pólipos, confesados por él mismo?

Y Celedonio, que estaba acostumbrado á recibir pitillos de todos los actores de la compañía, quiere fumar y no encuentra una petaca cariñosa en todo el escenario; se le caen los lentes encima del traspunte, y recibe un gruñido de éste; va á asomar la cabeza por la segunda caja de bastidores, y sufre un sermoneo del celador; quiere enterarse de la salud de la tiple, y ésta le dice, echando fuego por los ojos:

—¿Cómo quiere usted que esté? Desesperada. Me han silbado todo el parlamento y la escena de picadillo con el tenor. Sólo á usted se le ocurre sacar al teatro una señora viuda con dos hijos y enamorarla de un farmacéutico. Esto es inverosímil; en fin, ya ha oído usted cómo ha recibido el público la cosa, que á mí, queriéndome como me quiere, me ha gritado de un modo horrible.... No tienen ustedes consideración con los artistas, y se meten ustedes á escribir en vez de dedicarse á la agricultura ó á la industria jabonera.... ¡Jesús! ¿Cómo está el teatro!

El pobre Celedonio abandona á la tiple y se va á ver al empresario, que le recibe hosco y taciturno.

—Don Prudencio—le dice el poeta.—He sentido mucho lo ocurrido.

—Bien, bien—responde el industrial.—Mas lo siento yo, que llevo siete marronazos en mes y medio. Y además se me ha roto una botella de las grandes y ha quedado inservible el tapete del velador con la gaseosa.... No; si la culpa no la tiene usted, sino yo, que me he fiado de Gómez.... Decía que la obra era una monada. ¡Buena monada! Una monada que me cuesta diez y siete duros y medio.... Mire usted, Celedonio, antes de ponerse á escribir deberían ustedes pensar en los perjuicios que pueden originar á las empresas, porque ustedes, aunque se equivoquen, no pierden nada, mientras que nosotros.... Y ahora que me acuerdo, ¿me ha traído usted el cuello de piel que le he prestado la otra noche? ¿No? Pues no se olvide usted, porque es de un amigo que se fué á Filipinas y me lo dejó como recuerdo, ¿sabe usted?

Hé aquí en lo que viene á parar la gloria de muchos jóvenes primerizos, que llegan á Madrid, alentados por su familia, con el propósito de labrarse un porvenir en el teatro, y después de exhibir sus dotes y de provocar las iras del público y de la empresa y de los actores, acaban por buscar una colocación en un almacén de ropas hechas de la calle de la Cruz, donde los encontramos al fin y á la postre, dispuestos á dar gusto á la parroquia.

—¡Calle!—decimos con sorpresa.—Yo creo conocer á usted.

—Sí, señor: no tiene nada de particular. Yo he sido *genio* en el teatro Martín, va á hacer ahora dos años.

—Sí, sí; ya recuerdo.

Sólo que, cuando me estrenaron la obra, el público la recibió mal; pero la culpa no fué mía, sino de la tiple, que sacó un vestido color canela, y esto produjo cierta indignación en las butacas. En fin, ahora estoy bastante bien, porque la comida es abundante y el principal me aprecia.... Conque se lleva usted la cazadora, ¿sí ó no? Fíjese usted en la clase: vicuña superior, y mire usted qué forros.... Aquí no engañamos á nadie; no sucede lo que en el teatro, que le elevaban á uno, hasta las nubes, y de pronto.... si te he visto no me acuerdo.... ¡Ay! Si yo llego á saber lo que es el teatro, cualquier día abandono á mi tío el de Villalón....

LUIS TABOADA.

LA LEY IMPOSIBLE

Sintióse el león morir,
y antes de acabar sus males,
hizo á su lado venir
á todos los animales.
Pues siendo el único rey
por derecho del más fuerte,

pensó darles una ley
para después de su muerte,
y establecer de este modo
un régimen de verdad,
que lo resolviese todo
por principios de igualdad.

Su pueblo se acomodó;
el rey, la frente altanera,
después de un instante, alzó
y dijo de esta manera:
—Voy á morir; no me quejo
de mi suerte desgraciada;
estoy débil, soy ya viejo
y no sirvo para nada.
La muerte á nadie perdona;
todo el tiempo se lo lleva.....
Me enterráis con la leona,
en el fondo de la cueva;
y, aunque de los animales
soy el rey, por ser león,
quiero que mis funerales
se hagan sin ostentación.....
En mis largas correrías
aprendí mucho; así pues,
oid las órdenes mías
y respetadlas después.
El enemigo mayor
que siempre tuve fué el hombre.....
No extrañéis, pues, el furor
con que maldigo su nombre.....
Mas, aunque parece fiero,
sus fuerzas son sólo alardes.....
¡No letemáis, que no quiero
una raza de cobardes!
¡Conque, alma entera y valiente,
y nunca pararse en barras!....
¡Cuando alguien os haga frente,
le destrozáis con las garras!....
¡Que ninguno se denigre!....
Este es mi primer consejo.....
Y—¡Está muy bien! dijo el tigre.
Y—¡Está mal! dijo el conejo.

—¡Mal! repuso el rey. ¿Qué tratas
de hacer tú? ¿Por qué está mal?....
—¡Ah, señor! Mirad mis patas,
le respondió el animal.
¡No me puedo defender!
Y añadió el ratón:—¡Bien dice,
y tenemos que correr,
por más que nos ruborice!
—¡Pedid auxilio! el león
dijo.—¡Porvenir ingrato!
¡Si me oye, vendrá el hurón!
—¡Si me oye á mí.... vendrá el gato!
—¿Cuándo habéis de desterrar
esos temores tan viles?....
¡Lo que quiero es terminar
con esas guerras civiles!....
Y apenas el pueblo oyó
á su rey palabras tales.....
¡Dios mío, la que se armó
entre aquellos animales!
Nadie quería ceder.....
el león les condenaba
con aquello á no comer,
y ninguno lo aceptaba.....
¡Qué gritos! ¡Qué interjecciones!
¡Qué espantosa confusión!....
¡Hasta decían que *nones*
el conejo y el ratón!
Agitando sus guedejas
exclamó Su Majestad:
—¡Bien demuestran vuestras quejas
que es difícil la igualdad!
—¡Igualdad.—¡No!... ¡Si eso es tonto!
—¡Concordia!.... ¡Que no! ¡que no!....
—Pues bien..... ¡Devorao pronto!
dijo el rey..... y se murió.....

LUIS DE ANSORENA.

EL CONDOR

Allá del Himalaya en lo más alto
su nido hizo un condor.
Llegar á aquel lugar tan eminente
él sólo consiguió.
Un milano atrevido, que ensayaba
tan penosa ascensión,
á fuerza de constancia y de paciencia
llegar al fin logró.
Velo el antiguo huésped, se abalanza
sobre el nuevo á traición,
sus alas troncha y lo despeña luego
con ímpetu feroz,
y exclama:—No es posible que vivamos
juntos aquí los dos:
á la elevada cumbre, no consiento
que llegue otro que yo.

JOSÉ ESTREMER.

PEPA LA MORROCOTUDA

En la calle de la Ruda
vive, si el vulgo no miente,
Pepa la Morrocotuda,
la mejor hembra, sin duda,
que ha visto el siglo presente.

Vive con Pepa y aguanta
las costumbres de la indina
su madre, que es la *cambianta*
más famosa y ménos santa
del barrio de la Latina.

Lo que hizo la Pepa ayer
á poco de amanecer,
fué, por cierto, singular.
Lector, ¿lo quieres saber?
Pues te lo voy á contar.

Roncaba como una fiera
Pepilla en su madriguera
sobre un catre angosto y duro,
teniendo á la cabecera
colgado un reloj del muro.

El reloj las siete dió;
la muchacha despertó,
y como quien no hace nada,
dió á la colcha una patada
y en el suelo se plantó.

Puso en la estera los pies,
dió dos bostezos ó tres
de primera calidad,
y abrió sin dificultad
sus lindos ojos después.

—He dormido de un
seis horas como un lirón,
dijo, mientras se rascaba
un codo que la picaba
sin pizca de compasión.

Se calzó rápidamente,
para lo cual, como es uso
entre la gente decente,
en cada pierna se puso
su media correspondiente.

Dejó su seno encerrado
en un corsé colorado,
se puso luego un vestido
que, aunque estaba descosido,
también estaba manchado,
y su *toilette* concluyó.

Del dormitorio salió,
según las noticias más,
y así que á su madre vió,
le dijo:—Muy buenos días.

La madre, sin más ni más,
contestó á Pepa:—Muy buenos.

Y tú, lector, me dirás
que esto es tonto por demás
si no hubo más ni hubo ménos.

¡Que es tonto!.... ¿No lo ha de ser?
Pero no te quepa duda
de que esto es lo que hizo ayer,
á poco de amanecer,
Pepa la Morrocotuda.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

BRETONADAS

II

El Sr. Bretón ha estado en Munich muy poco tiempo; así es que aterran la maravillosa facilidad con que el autor de *Los Amantes* lo ha visto todo y se ha enterado de todo, y los tesoros de filosofía, los raudales de observación fina, sagaz y grandilocuente que le ha sugerido la capital de Baviera.

Aquí entramos, con el Peral de la música, en el océano del arte, en los grandes ambientes de la crítica, en los oasis de una poesía comunicativa, imponderable, ideal.

El Sr. Bretón ha oído en Munich la *Ifigenia en Tauris* de Gluck y... ¡allá va el hombre! Oído.

«Partitura semejante, es, para el músico moderno, de lo más interesante que puede oír. Cuanto más se conoce Gluck, tanto más baja Wagner. Ciertamente que al cabo, aun al músico de mejor buena fe concluye por cansar una ópera que sólo se compone de arias y recitados. Pero ¡qué arias algunas y qué recitados todos!»

Esto se llama crítica afiligranada, y lo demás es cuento. Arriba Gluck con una ópera, cuyas arias y cuyos recitados *concluyen por cansar al músico de mejor buena fe*, y abajo Wagner por lo que verán ustedes en seguida.

Cuatro días de estancia en Munich bastan al Sr. Bretón para darse inmediata cuenta del concepto en que tienen á Wagner los alemanes, y para sepultar ese concepto en el siguiente abismo de engrudo literario:

«Wagner allí no es sólo el gran maestro, es el profeta indiscutible, que posee, sólo él, la gracia de la divinidad; así, sus admiradores, más que admiradores, son idólatras y esclavos. Entre estos se cuenta lo más culto del país; lo más culto, naturalmente, está arriba y dirige; la masa es docilísima y disciplinada; y como al cabo, en la obra del profeta, hay elementos muy sobrados para deslumbrar cualquiera imaginación, tiene la del país deslumbrada ó hipnotizada, halagado, en cierto modo, su amor propio nacional, que por ser joven y adquirido con grandes sacrificios, está latente y vivo más que nunca, y acepta sin discutir ni chistar la imposición que viene de arriba; hasta cree que no es imposición, sino que lo siente así ella espontáneamente, y vive contenta y satisfecha, desdeñando con protectora compasión otras escuelas, sin sospechar, ni de cien leguas, que en el arte que ella desdeña hay también bellezas, pero bellezas positivas, eternas, que son bellas porque lo son, sin necesidad de preparaciones, de libros, explicaciones, ni políticas, como ha de ser la belleza en el arte, á pesar de Wagner y de cuantos sostienen lo contrario.»

Se necesita tener resuello de buzo para leer eso sin cansarse, y cien Ariadnas para que la imaginación no se pierda en los laberintos de una prosa digna por todos conceptos de la *poesía* de *Los amantes de Teruel*.

No quiero hundirme en ese charco de solecismos; quiero únicamente que se fijen ustedes en el amor propio nacional de los alemanes, *un amor propio, joven, adquirido con grandes sacrificios, latente y vivo más que nunca*; y en esa imposición, *que no es imposición, sino que lo siente así ella espontáneamente y vive contenta y satisfecha, desdeñando con protectora compasión otras escuelas*.

No, no es posible decir más desatinos en menos palabras. Desde este instante, el Sr. Bretón entra en el período álgido de la calentura, y no hay antipirina capaz de calmar el estado febril del *literato* salmantino.

Sus mazacotes de prosa se suceden unos á otros, y hay que poner piedras entre ellos, y que remangarse los pantalones para pasar por los amasijos sin mancharse.

En uno de ellos, nos cuenta el Sr. Bretón que, cuando hace años, iba al teatro en Viena á oír las óperas de Wagner, observó que el público «seguía tranquilo la representación» y «aplaudía alguna vez, pero tímidamente», mientras se entusiasmaba, «ni más ni menos que el nuestro,» cuando se cantaba *Il Profeta*.

Y Sócrates, pensativo, exclama:

—«¡Hola! luego no es el público, es la condición de la obra; pues, señor, Wagner no entusiasma, es que lo imponen.»

¡Sí, hombre, sí. ¿No lo había usted conocido hasta ahora? Lo imponen por la fuerza de las armas; lo imponen como Nerón imponía en Roma sus *cavatinas*: *cantante eo, ne necessaria quidem causa excedere theatrum licitum erat*. Si no sabe usted lo que quiere decir eso,—que es de Suetonio,—pregúnteselo usted al camarero de Munich, que él se lo traducirá á usted, y *más aún*.

Cadencia wagneriana del maestro Bretón, ó sea novísima escuela pentacróstica de Estrada *redivivo*:

«Y sea todo esto dicho con el respeto y admiración que debe infundir una inteligencia tan superior, tan extraordinaria como

TEATRO DE LA ALHAMBRA



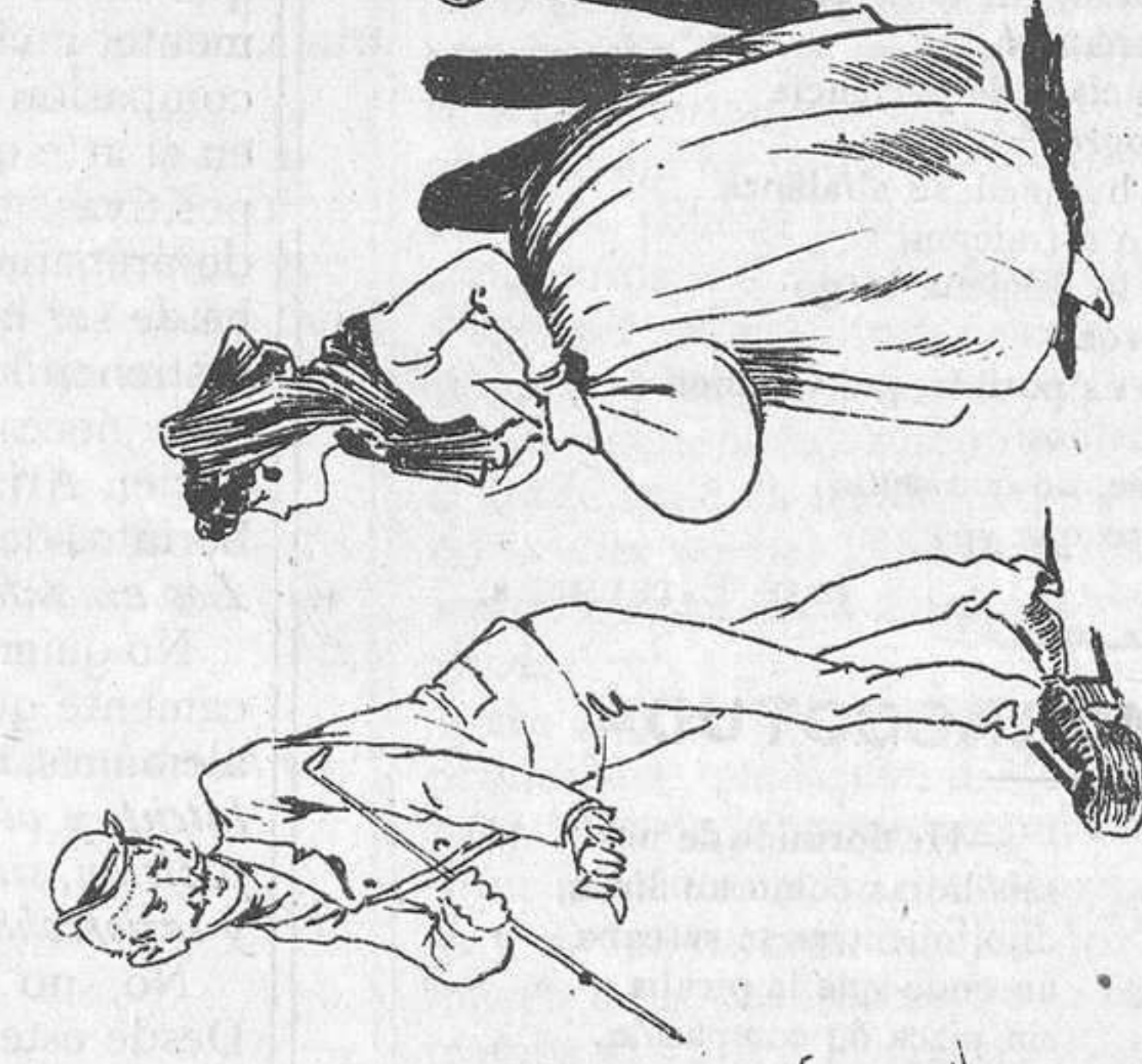
¡Ah! ¡Conque ustedes no conocen todavía el *Paseo*...
rancia! ¡Pues verán ustedes:

Dalmau (parece mentira) ha pintado unos cuadros para hacer notar el contraste entre lo antiguo y lo moderno, y se lo dice a los redactores de *El Pasado* y *El Presente*. ¡Dos periódicos más, por si éramos pocos!

Se levanta el telón y aparecen unos corchetes de los que cantaban:
«Huele á aceite frito,
se habla de unas migas...»



En esto á Montijano se le ocurre (diabólica ocurrencia!) *rajarse* á la característica,



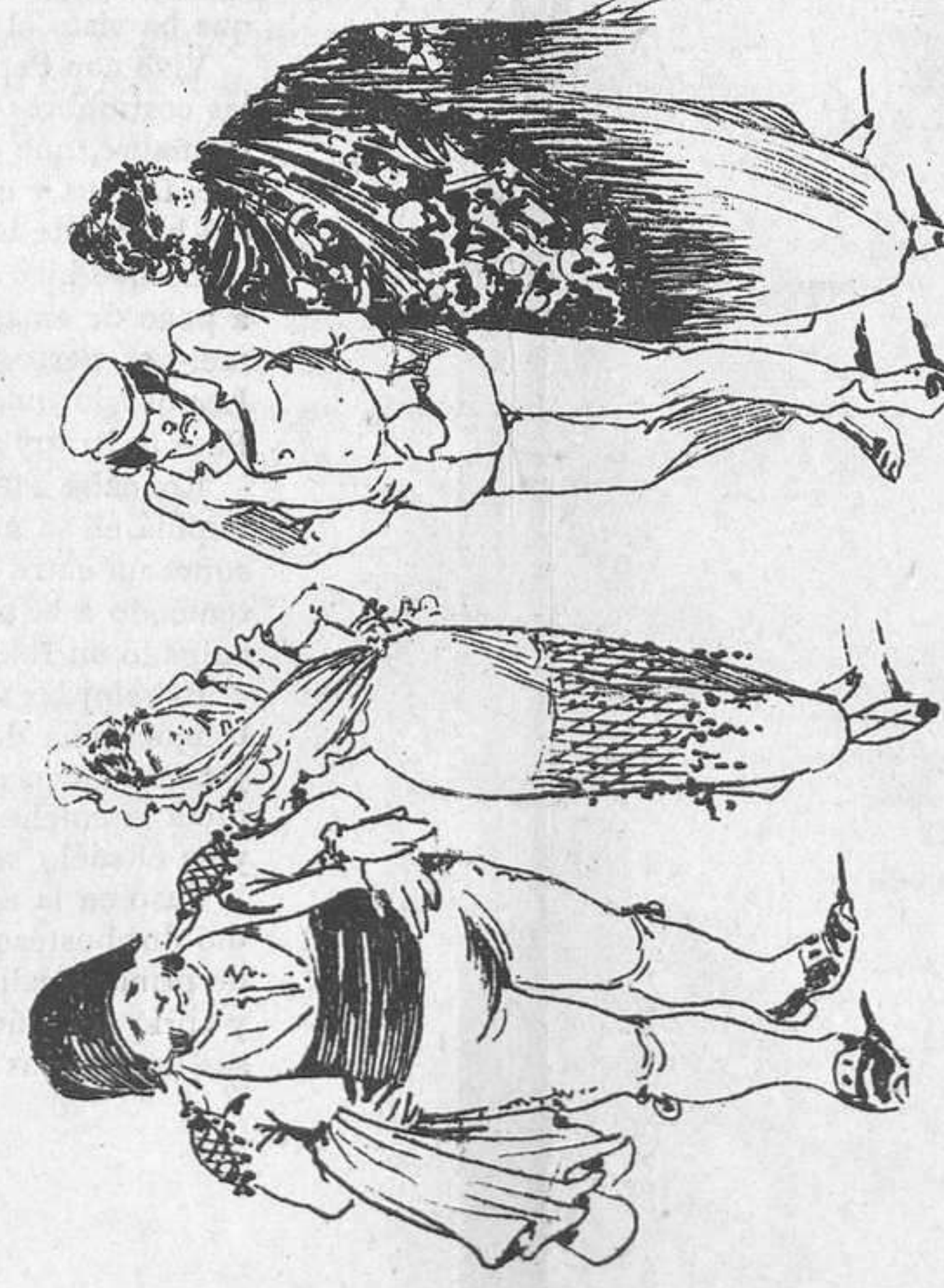
y Carreras, por no ser menos, se escapa con la señorita Deloso.



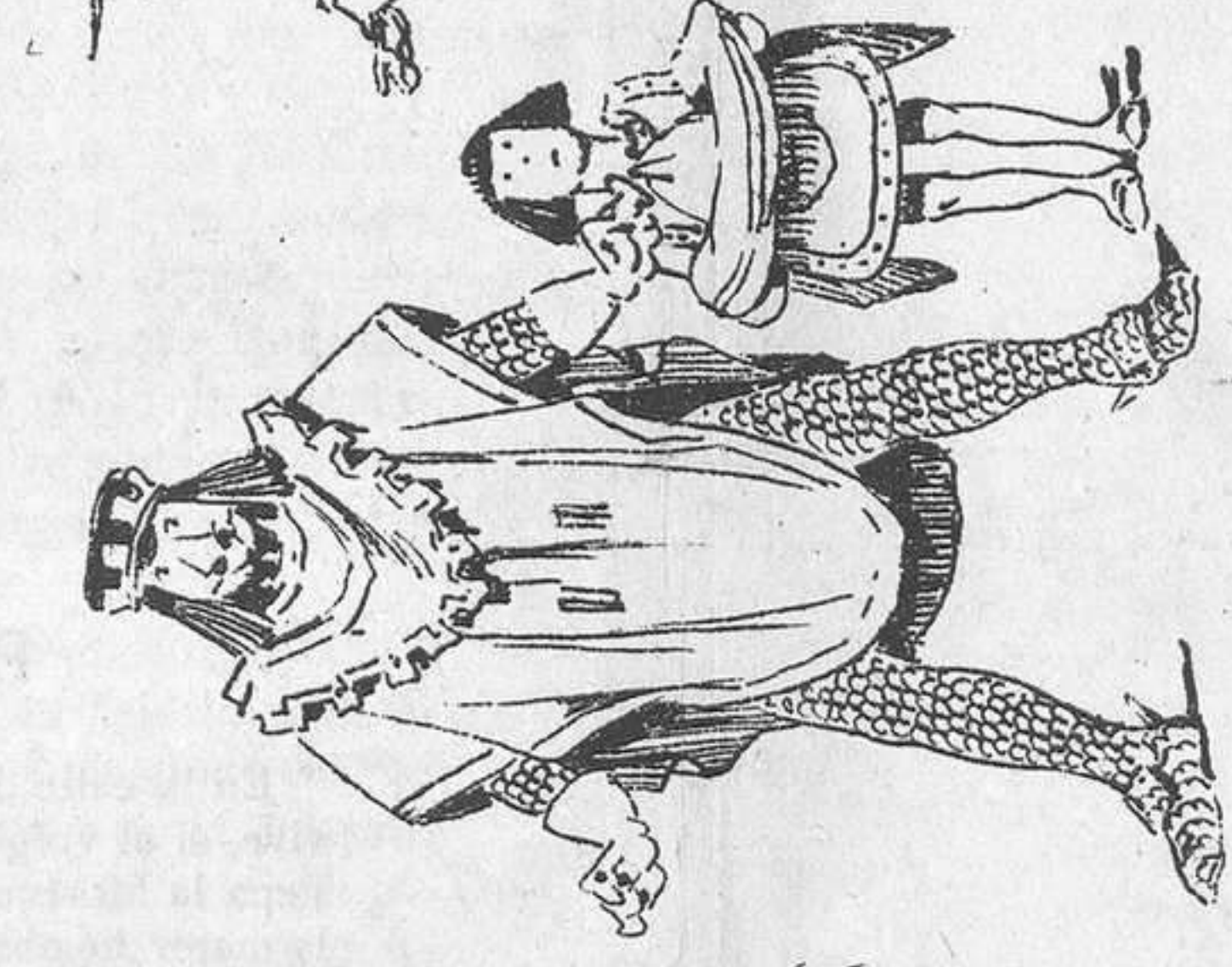
Á consecuencia de lo cual, dos parejas bailan un *minué*.



Y otras dos parejas una polka ceñida, para que se vea que en esto hemos adelantado bastante.



La clase baja se va á ver matar toros á Pepe-Hillo y Guerrita,



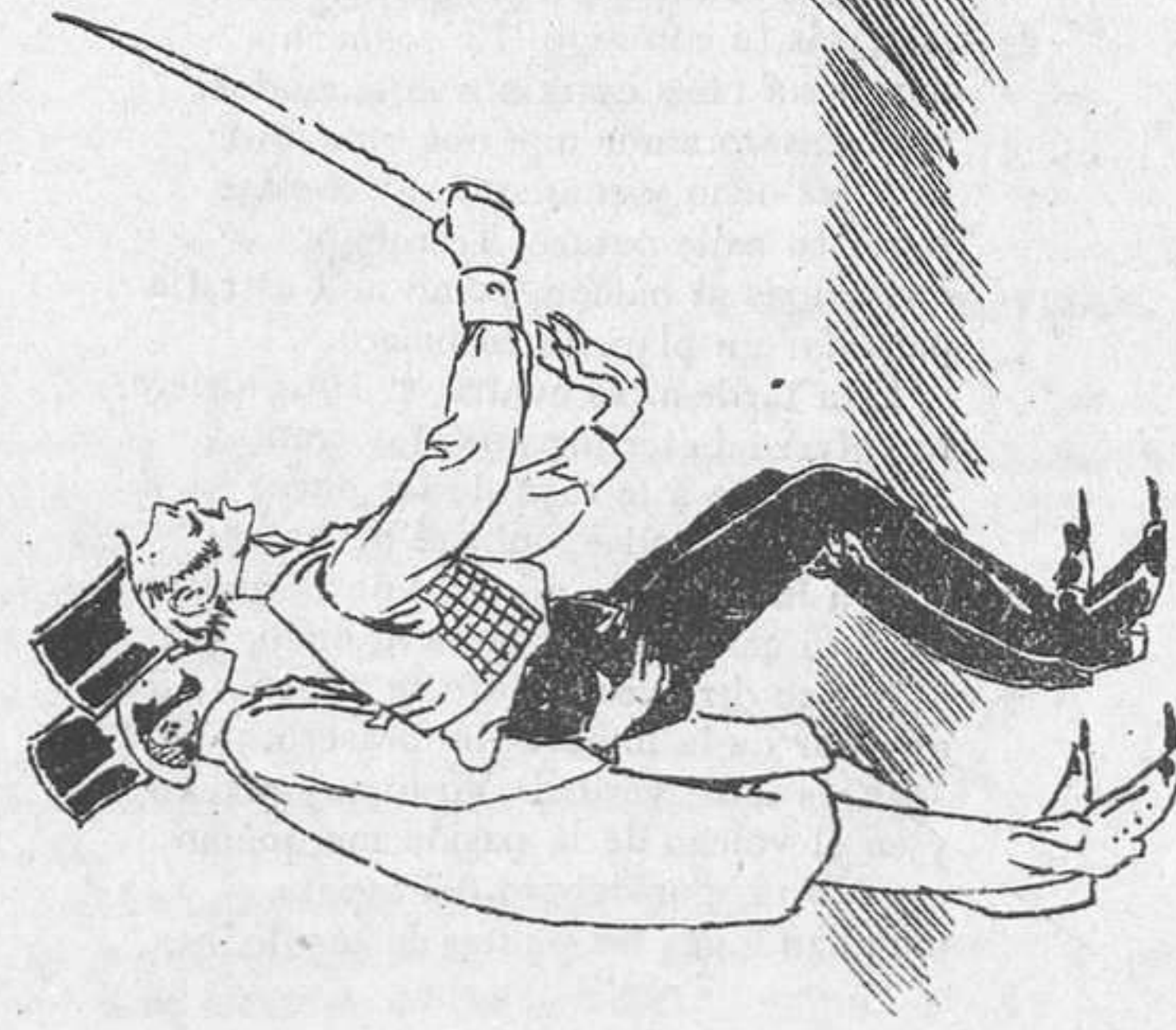
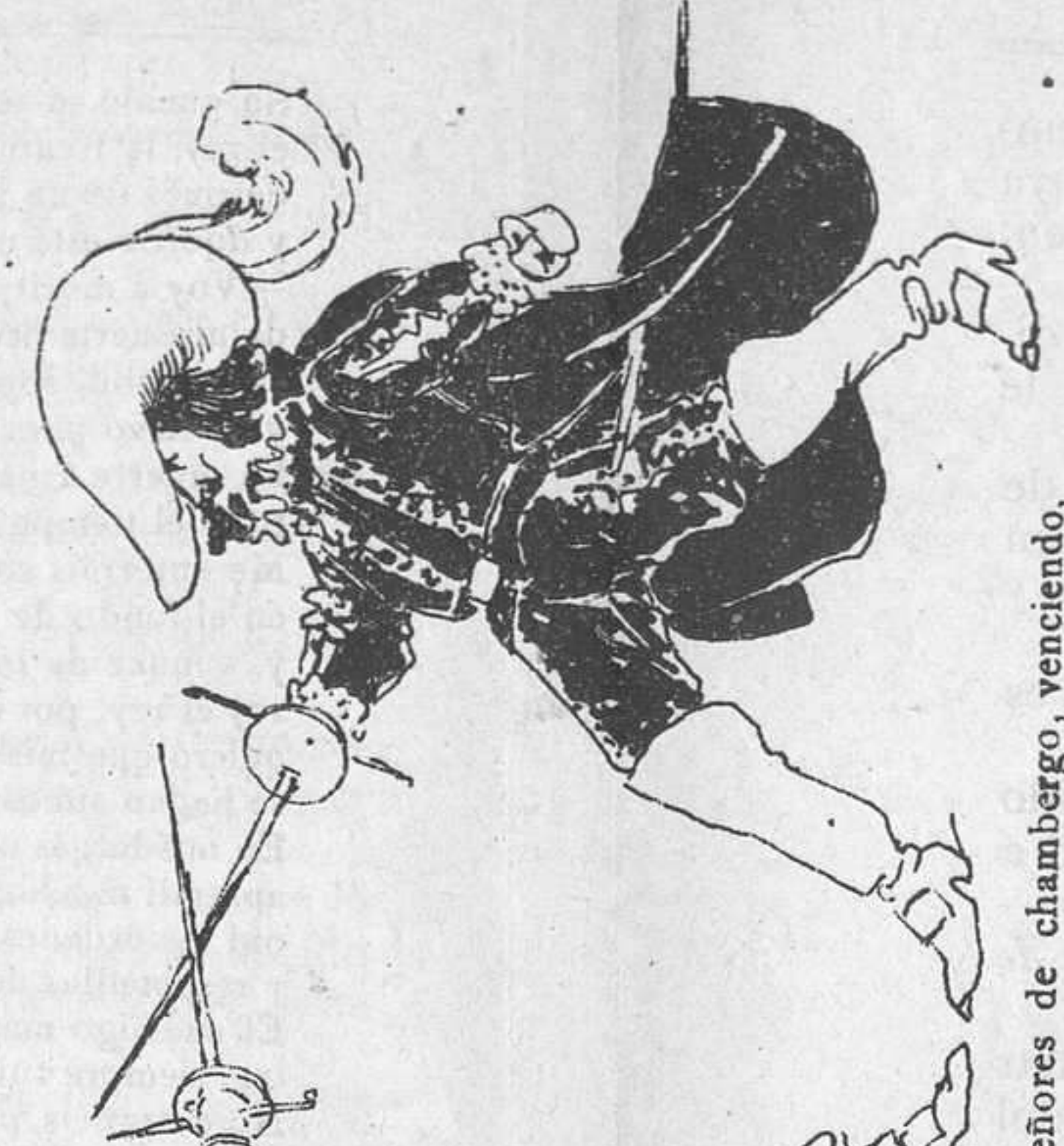
mientras Montijano cambia de traje y se presenta de conde de Alperche llamado...



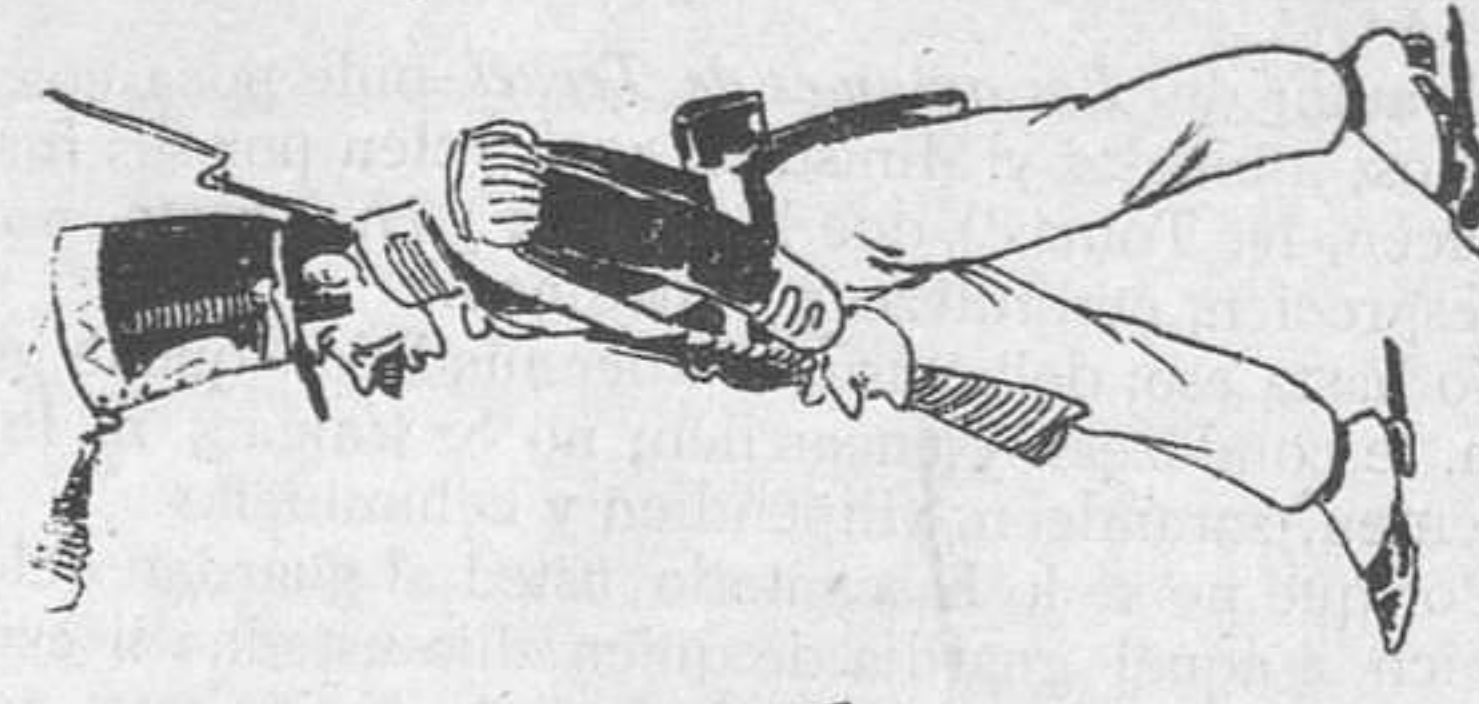
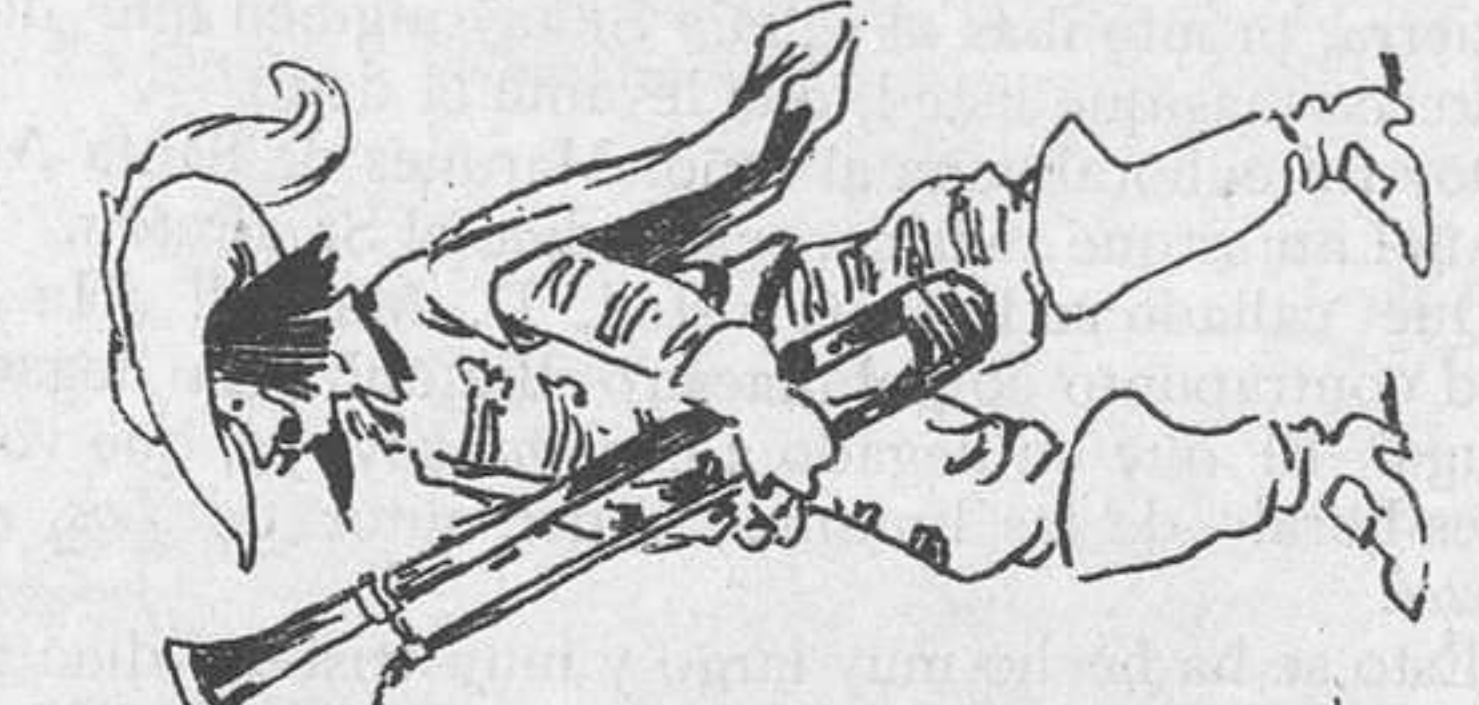
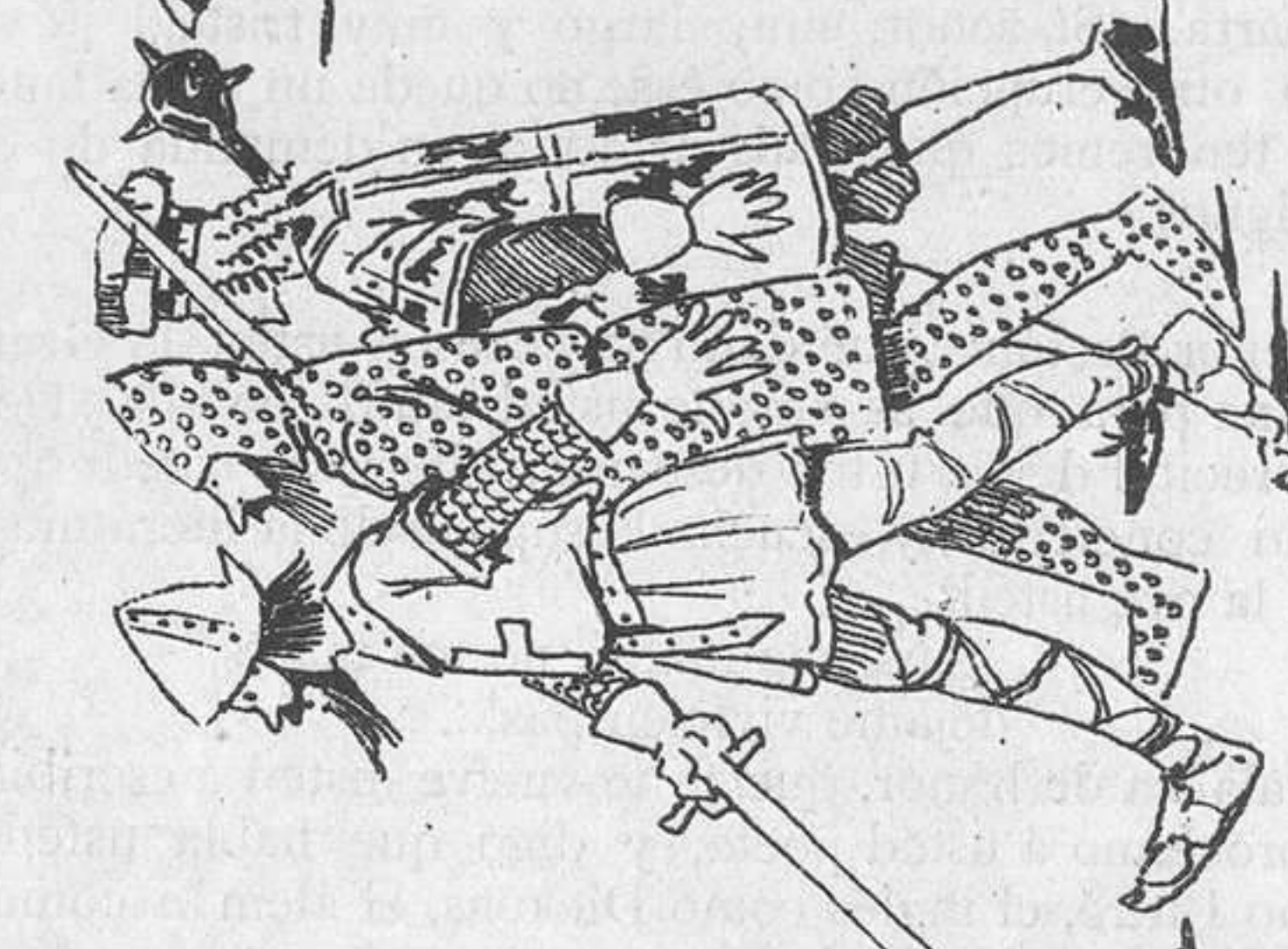
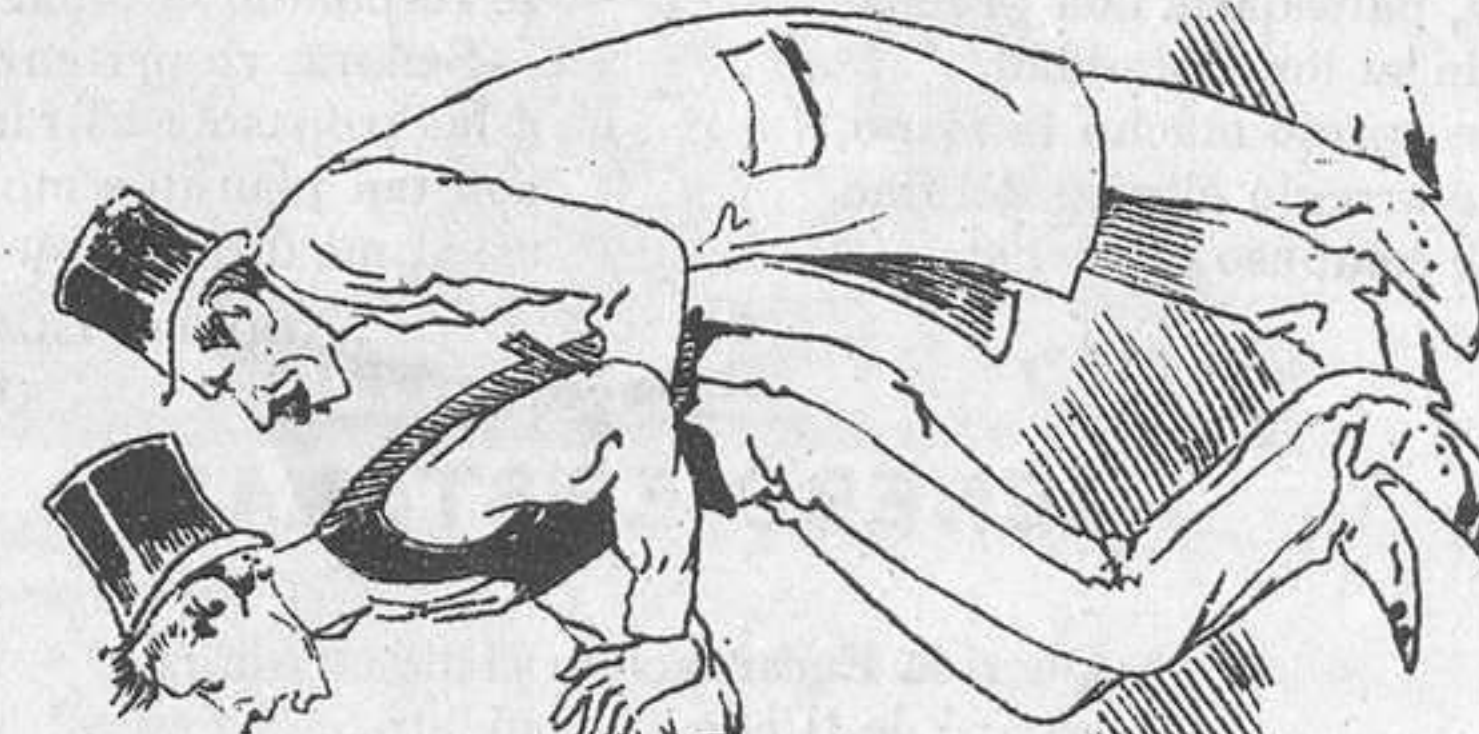
del cual Gil es sucesor dignísimo.



Se batien dos señores de chambergos, venciendo, como es natural, el que jura por la Virgen del Retablo,



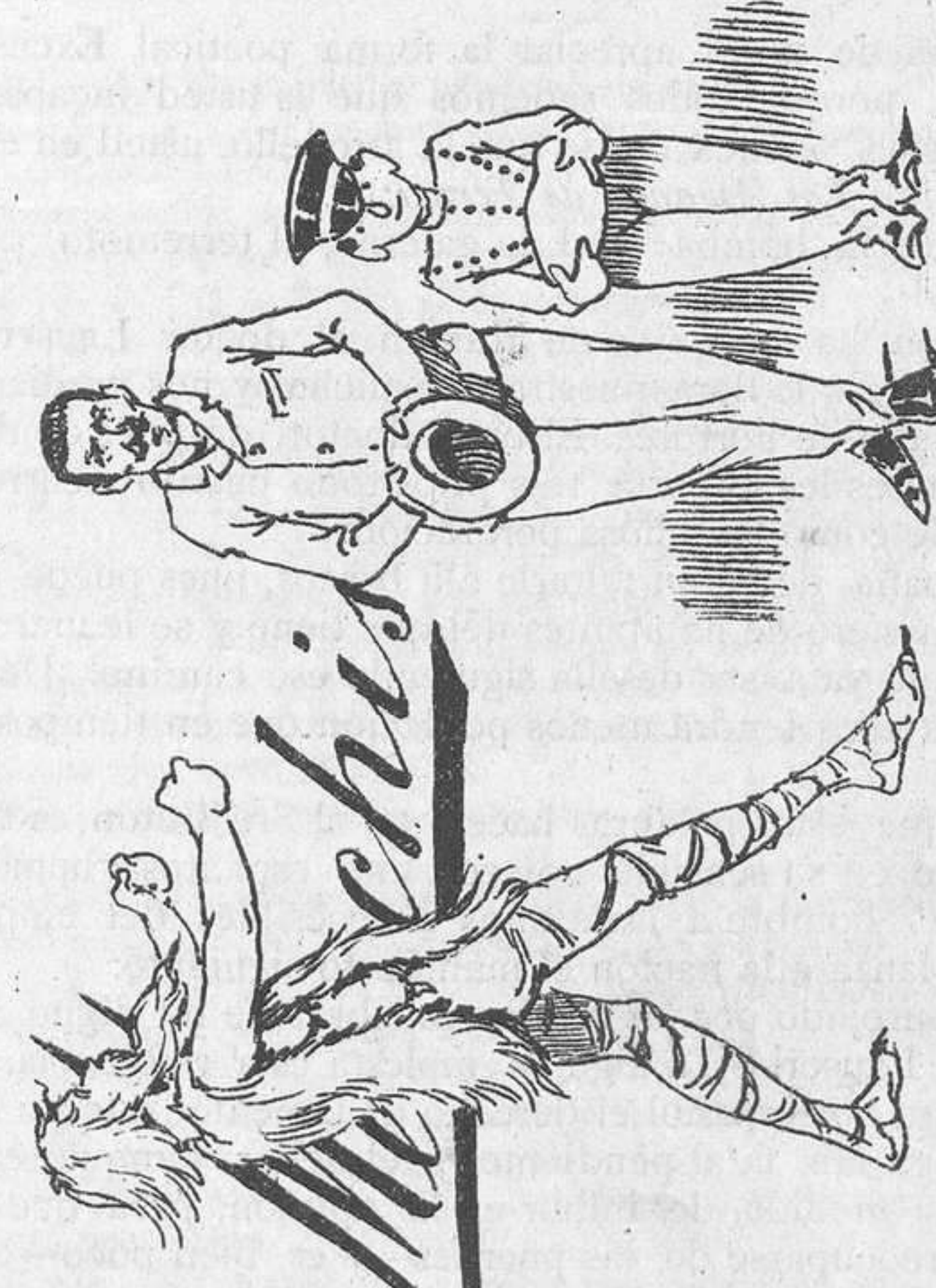
se celebra en seguida un duelo á la moderna con todo el aparato que su interesante, etc., etc.,



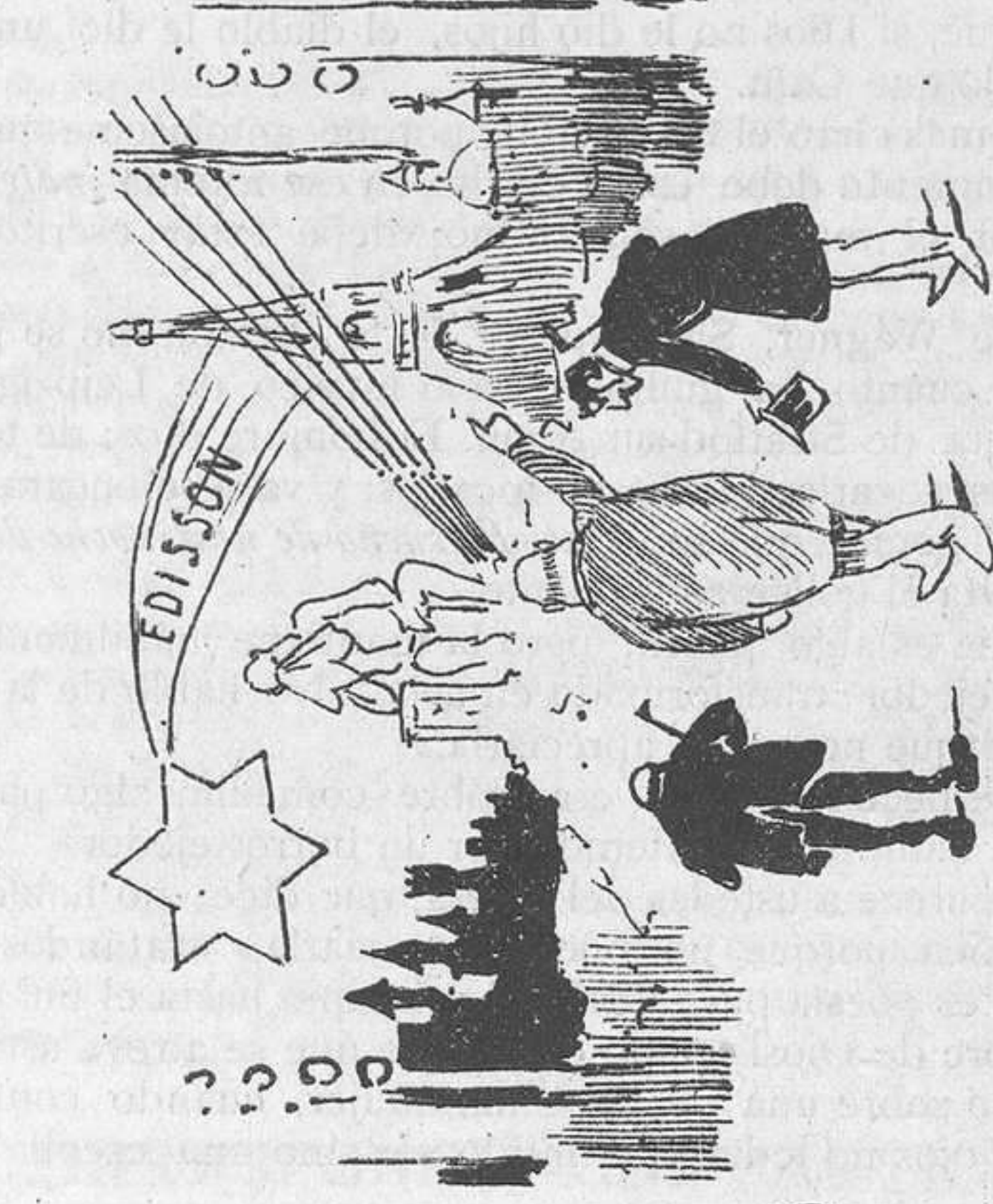
para que recojan los aplausos los milicianos nacionales.



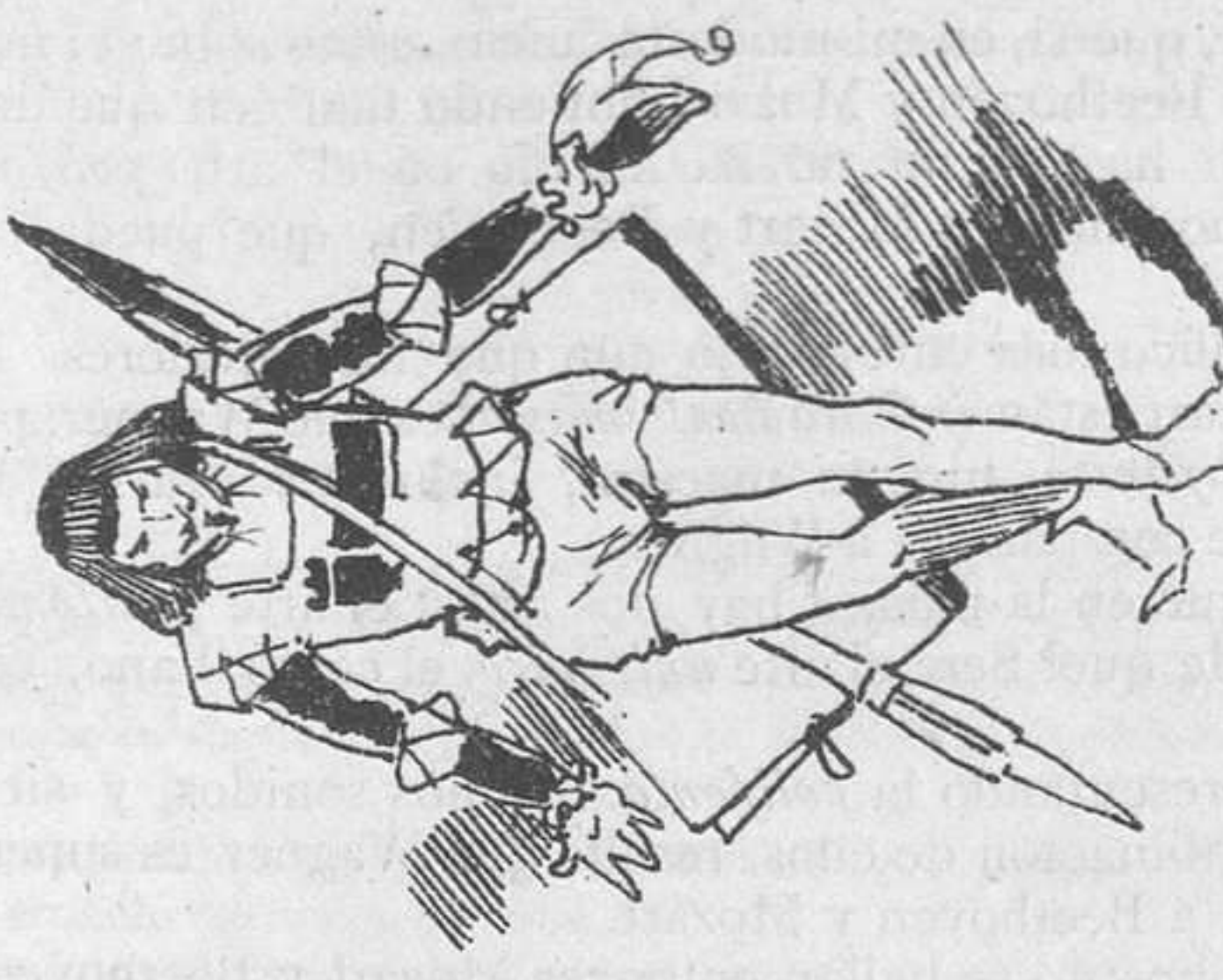
Canta luego la Srta. Pina una romanza que ¡hay que oíría muchas veces!



Aparecen los cómicos de carreta que inmortalizó Cervantes.



En esto se adelanta Dalmau y los periodistas que han estado toda la noche asomando las narices por la primera caja, y nos dicen que nos preparemos para la apoteosis,



que muestra palpablemente que el progreso es evidente, y que debemos ganar el pan con el sudor de nuestra frente.

la de Wagner, que si, en mi modesto juicio, están sobre él infinitamente altos Beethoven y Mozart, entiendo también que desde el viejo Bach hasta aquí no ha habido en el arte *polifónico* maestro alguno, incluso Mozart y Beethoven, que pueda compararsele.»

Otro jeroglífico más enrevesado aún que los anteriores. Beethoven y Mozart están *infinitamente más altos* que Wagner; pero, en el arte *polifónico*, ningún maestro, incluso Mozart y Beethoven, puede compararse á Wagner.

De modo que en la música hay dos artes: el arte *polifónico* y el arte de... ¿de qué? Será el arte *unifónico*, el canto llano, como quien dice.

Porque representando la *polifonía* muchos sonidos, y siendo la música combinación de ellos, resulta que Wagner es superior, como músico, á Beethoven y Mozart.

¿Por qué concepto se hallan entonces Mozart y Beethoven *infinitamente más altos* que el autor de *Lohengrin*? ¿Como padres de familia? Mozart, puede ser, porque fué casado; pero Beethoven no; por mas que, si Dios no le dió hijos, el diablo le dió un sobrino más malo que Caín.

Explíquese más claro el Sr. Bretón, porque antojaseme que el párrafo que comento debe estar escrito en ese idioma *indígena*, inventado por el maestro salmantino; debe estar escrito en *más aún*.

Después de Wagner, Shakespeare. El Sr. Bretón no se pára en barras; en cuanto ha guillotinado al músico de Leipzig, da garrote al poeta de Stratford-sur-Avon. El hombre dice: de tocar las castañuelas, tocarlas bien ó no tocarlas; y va y se encara con esa maravilla genial que se llama *El sueño de una noche de verano*, y le suelta el gollete siguiente:

«La comedia es algo pueril; pero la mantiene hábilmente el episodio del tejedor transformado en asno. No hablo de la forma poética porque no puedo apreciarla.»

¿No les enterneee á ustedes esa pobre comedia, algo pueril, muertecita de hambre y mantenida por un burro tejedor?

¿Y qué les parece á ustedes del *crítico*, que dice «no hablo de la forma poética porque no puedo apreciarla,» tratándose de una obra que es poesía pura desde el principio hasta el fin?

¡Pero hombre de Dios! ¿cómo es posible que se atreva usted á emitir su juicio sobre una preciosísima mujer, cuando confiesa usted que sus ojos no le han permitido ver sino una escoba con faldas?

¿Que no puede usted apreciar la forma poética! Excusaba usted decirlo, porque todos sabemos que es usted incapaz de apreciar la forma poética desde que la atropelló usted en el inmortal *poema* de *Los Amantes de Teruel*.

Ahora viene la bomba final, la galerna, el terremoto. ¡Agárrense ustedes!

El Sr. Bretón ha conocido en Munich al doctor Lauser, un doctor Casandra que llora nuestras desdichas y nos predice un porvenir preñado de horrores. El buen doctor, después de decir que á los vieneses les importa tres pitos todo cuanto ocurre en España, añade como lacrimosa peroración:

«Pobre España, debieran faltarle allí brazos, pues puede contener doble número de habitantes del que tiene y se le marchan á millones; ¿qué va á ser de ella siguiendo ese camino? ¡Dentro de muy pocos años tendrá menos población que en tiempos del Hechizado!»

El efecto que estas palabras hacen en el Sr. Bretón es terrible; prodúcese en su sensible corazón una espantosa hemorragia, elévase el hombre á las alturas inaccesibles del empuje bretoniano y lanza á la nación el manifiesto siguiente:

«¡Quedé sonrojado por las nobles palabras de mi digno amigo el doctor Lauser! Si á alguien molesta esta referencia, que dispense; tengo por español el derecho de lamentar que mi querida patria siga tan fatal pendiente, y el deber, aunque sea en la más escasa medida, de influir en la opinión, para que ésta deje ya de preocuparse de las pueriles—y es bien poco—cuestiones de D. Fulano y D. Zutano, y les exija á todos cumplan su misión, que para eso les mantiene el país, y á fe que, aunque pobre, debe mantenerlos bien, pues nunca nos hemos visto amenazados de huelga de empleados, jubilados y Ministros; exíjaseles, pues, que velen por sus intereses, que le ilustren y enaltezcan; no le burlen, le despueblen, embrutezcan y arruinen. Y dispensen otra vez, señores, que un músico se meta á decir esto, que el serlo no le quita la virtud de español, y es español antes que músico, como el ilustre primer Marqués de Santa Ana, al que desde aquí felicito de corazón, á él y á quienes tan merecido honor le han otorgado.»

¿Qué tal? Aquí ya hemos dejado la música á un lado y estamos á bordo de la política trascendental. ¿Qué les parece á ustedes el Sr. Bretón convertido en *estadista*? ¿Qué me dicen ustedes del maestro salmantino *haciendo* de Cánovas?

El autor de *Los amanes de Teruel* pide poca cosa á los empleados, jubilados y Ministros: «que velen por sus intereses (¡ya lo hacen, D. Tomás!), que le ilustren y enaltezcan, no le burlen, le desprecien, embrutezcan y arruinen.»

No basta eso; debió usted haber añadido: «que le gufen, le dirijan, le conduzcan y encarrilen; no le traigan, ni le lleven, le revienten, zarandeen, vilipendien y calumnien.»

¿Por qué no se lo ha contado usted al guardia del puente de Munich, á aquél guardia de quien dijo usted: «Si estuvieses en mi tierra, pronto ibas al agua?» Si hay alguien que nos ilustre y enaltezca más que usted, que levante el dedo.

Doy mi enhorabuena al señor Marqués de Santa Ana, que es español antes que músico, según dice el Sr. Bretón.

¿Qué callado se lo tenía usted, D. Manuel! ¿Ha aprendido usted contrapunto con el maestro Bretón? ¿Ha llegado usted á la fuga? El que ha llegado á la *fuga* soy yo, que voy á *huir*—¡ya es hora!—de las bretonadas del autor de *Los Amantes de Teruel*.

«Esto se ha hecho muy largo y muy triste»—dice al terminar su carta.—Sí, señor; muy largo y muy triste... ¡Y muy malol! Con otra erupción como esa, no queda un ciudadano en España; tendremos que emigrar todos en demanda de climas más benignos.

Señor Bretón: ¿qué daño ha hecho á usted la Gramática castellana para que se ensañe usted tanto con ella? Déjela usted, ¡pobrecita! déjela usted descansar. Escriba usted óperas, dirija usted conciertos, y escuche la súplica de la literatura española. ¿No la oye usted?

¡No me mates, no me mates,
déjame vivir en paz!...

Palabra de honor, que si no vuelve usted á escribir artículos, le proclamo á usted poeta, y digo que habla usted el francés como Littré, el inglés como Dickens, el alemán como Lindau y el italiano como Carducci.

Y si esto no le estimula á usted, haré el último sacrificio: seré capaz de asegurar que conoce usted el castellano y que posee usted el *más aún* mejor que el camarero de Munich.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

RAZÓN ULTRAMARINA

Una señora muy vieja,
pero de rostro de agraz,
iba siempre á las tertulias
en demanda de galán.
Fijóse en un caballero
con trazas de militar,
y, para darle una prueba
de su longanimidad,
le apretó mucho la mano,
le arregló el pico del frac,
le compuso la corbata

y mostróse muy locuaz,
diciéndole ciertas cosas
que no debo revelar.
Y, cuando estaba esperando
que él dijera mucho más,
con exquisita finura
le respondió el oficial:
—Señora, yo pertenezco
á las tropas de Ultramar;
con tan plausible motivo,
usted me dispensará.

ADOLFO LLANOS.

GÉNERO EPISTOLAR

«Querida Encarnación: Hace una hora me separé de ti con sentimiento, pero, hija, se acababa la tertulia y tu papá nos dijo que nos fuésemos.

Ahora voy á acostarme, pero ansío antes, hermosa, de entregarme al sueño, jurarte una vez más, según costumbre, que te quiero, requiero y retequiero.

Voy á soñar contigo, prenda mía; ¿soñarás tú conmigo? Lo sospecho, ¡porque á tales extremos nos conduce el insensato amor que nos tenemos!

Á las ocho y cuarenta voy á clase y por tu calle pasaré. Te ruego que salgas al balcón, como una estrella para dar un placer á tu lucero.

Esta tarde á las cuatro, si Dios quiere, te volveré á escribir por el correo, contestando á la tuya de las once, que, como á todas, cubriré de besos.

Y á las nueve y minutos de la noche iré á tu casa, cual si fuera al cielo, á decirte otra vez cuánto te adoro al amor de la lumbre del brasero.

¿Eres feliz, verdad? Yo lo soy mucho, y en el volcán de la pasión me quemo cuando tú, por debajo del tapete, me abandonas las puntas de los dedos....

Adiós, mona, monona, remonona,
no me olvides jamás! Por ti me muero.
Recibe el corazón, y la cabeza,
y (puntos suspensivos) de tu

Alfredo.»

Esta carta ha llevado esta mañana
Maximino Terrones, el cartero.
¡Y cuidado que tiene tres bemoles
hacer sudar á un hombre para eso!

SINESIO DELGADO.

EN LOS TOROS

Se corrían seis veraguas
y mataban *Lagartijo*
y el *Frasquito*, en competencia,
según gentes del oficio.
Al tocar á banderillas
se alzó en protesta el gentío,
que un retrasado en el nueve
entró en momento tan crítico.
—¡Sentarse! ¡Acomodador!
—Allá voy.—Buscarle un sitio.
—Aquí he guardado un asiento.
—¡Mentira!—Aquí, señorito.
—Oiga usted, *incomodador*,
siéntelo usted en un bolsillo.
—¡Correrse de la derecha!
¡Un poco á la izquierda, amigo!
—Eh? ¿No lo estaba diciendo?...
Siéntese usted, señorito.

Allí, entre dos hombres gordos,
casi á la fuerza embutido
y sin pronunciar palabra,
lanzando agudos suspiros,
pasó, sudando en silencio,
la muerte del primer bicho.
Mas no bien salió el segundo,
de gran cabeza, retinto
y con más pies que un solar,
armóse en el ruedo un lío
de capotes en la arena,
de picadores huídos
y de peones de *naja*
que tomaban el olivo;
y aquel infeliz muchacho,
agitado, estremecido,

con nerviosas contorsiones
y haciendo gestos y signos,
señalaba á los dos gordos
las trazas del estropicio
sin hablar, porque era mudo
de *nación* el pobrecito.
Otra vez se emocionaba
y, lanzando agudos gritos,
les hincaba entranchos codos
en la panza á entrambos tíos,
aguantando sus insultos
y ensanchándose en su sitio.

Cuando los capitalistas
descendieron al anillo
y se levantó la gente
y despejó el municipio,
á uno de aquellos dos gordos
desde la grada le dijo
un compadre á grandes voces:
—¡Ole ya, señor Paquiro!
¡Viva Córdoba!—¡Que mueran!
—¿No estuvo bien *Lagartijo*?
—Ninguno.—¿Cómo que no?
—Pues valiente tabardillo
he pasao yo pa enterarme
de lo que haiga sucedido,
con ese ladrón de mudo
que he tenido de vecino.
Y el mudo, que iba delante
saliendo medio escondido
entre el tumulto, gritóle:
—Eso del mudo, mi amigo,
¿lo decía usted por mí?
Muchas gracias por el sitio.

ÁNGEL VELA-HIDALGO.



Ha terminado el sumario instruido con motivo del hallazgo de una cabeza en los alrededores del Parador de Luna.

Y añaden los periódicos que de las averiguaciones practicadas no resulta nada contra nadie.

¡Todo sea por Dios! Pero ¿no decían ustedes que estábamos sobre la verdadera pista?

Es tan grande el atractivo
que ejercen en mi tus labios,
que me parten por el eje
cuando pronuncian «trempano.»

El que sueña con amores
cuando no tiene dinero,
es como el calvo que sueña
que le tiran de los pelos.

FRANCISCO CAPELLA.

Copio:

«El señor Botella no hablará seguramente hasta pasado mañana, lo más pronto, en que presentará su proposición incidental, que como tal no necesita más que su firma, concebida en los términos siguientes:

«El senador que suscribe ruega al Senado se sirva declarar que las explicaciones respecto de los asuntos del Ayuntamiento de Madrid, no le satisfacen, porque son una de las consecuencias de la incomprensible actitud del Gobierno.... etc. etc.»

Esta proposición no llegará á votarse, porque la retirará su autor después de apoyarla.»

¡Caramba! Pues entonces, ¿por qué la presenta?

¡Dichosos ¡ay! los señores políticos que pueden comprender lo que es griego para los cortos alcances de los sencillos contribuyentes!

EPITAFIO

«Yace aquí don Juan Martí,
un perdido, un calavera.»
(¡Bah! Por mucho que lo fuera,
más calavera es aquí.)

EMILIO MORA

Cada día siento más no tener influencia con el Gobierno.
Si la tuviera, le suplicaría encarecidamente que concediera la autorización para que construyan el ferrocarril de Medina del Campo á Calatayud.
¡Porque la empresa se está gastando un dineral en reclamos!

Ha empezado á publicarse un periódico en.... (vaya, no digo dónde).
El artículo de fondo empieza así:

«Venimos al estadio de la prensa....»

No me pregunten ustedes más. En cuanto veo eso del estadio, no puedo pasar adelante.

Libros:

Defensa pronunciada por el Excmo. Sr. D. Ignacio Rojo Arias, abogado defensor de D. José Vázquez Varela, en causa por robo con homicidio de D.^a Luciana Borcino, en las sesiones 32, 33 y 34 del juicio oral. Un libro de 150 páginas. Precio: 1 peseta.

Juicio de faltas, comedia en un acto y en verso, original de D. Francisco Flores García, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara.

La gran paella del siglo XIX, versificación acróstica, por D. Basilio Mateos, de Orense. Librito para morir de risa, sobre todo con las notas de los editores, que tienen gracia de la buena.

Instrucciones para la celebración y práctica de actos civiles, por D. José María Rey. No hay para qué encarecer la utilidad de este libro, publicado por *El Porvenir Editorial*. Precio, 1,50 pesetas.

Educación y enseñanza, por D. Francisco Giner, es el último tomo de la segunda serie de la *Biblioteca Andaluza*. Trátanse en él los problemas más importantes de la instrucción pública. Precio, 1,50 pesetas.

El millón del tío Raclot, preciosa novela de Emilio Richebourg, editada con gran lujo por *La España Editorial*. Acompañan al texto infinidad de buenos fotograbados. Precio, 4 pesetas.

Revista clínica de los hospitales, interesante publicación mensual, redactada por muchos médicos notables, y de la que forman el comité de redacción los Sres. D. José María Ezquerdo, D. Juan Cisneros y D. Antonio M. Cospedal.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Hegel.—¡Ayl! No se pueden publicar esos cantares.

Sr. D. J. V. y V.—Pues mire usted, con muchos graciosos por el estilo, ¡adiós ciudad del Betis!

El gancho.—Son muy defectuosas las seguidillas en cuestión.

Un borrego.—Asaz vulgar el estilo y de muy mal gusto el final.

KK. K. B. LL.—«El sol al mirarlos cierra
de su luz la fuente aleve.»

¡Caramba! Me parece una imagen muy atrevida y.... muy aleve.

Chipelín.—No, la de esta semana no. La otra.... puede ser.

Simplicio Bobadilla.—¿Querrá usted creer que se me ha perdido la circular? Pero haga usted cuenta que no se ha perdido nada.

Yo mismo.—¿Qué medianamente me ha salido ésto! debía usted decir.

Cardenio.—¡Demontre! Esta es más inocente que la de la semana pasada.

Sr. D. N. F.—Madrid.—Dice usted que me remite un verso y luego resultan cincuenta y seis. ¡Ayl! Más valiera que hubiera sido uno solo.

Falsetas.—Suegras, caseros, ingleses, sablistas, oscuras golondrinas.... ¡Vaya! que está usted atrasadico.

Roñita.—Una cosa es la naturalidad y otra el estilo pedestre. Distingámonos.

Sarampión.—Lástima da que derroche usted la inspiración en cosas de tan poco momento, ¿Por qué no escribe usted un poema?

Sr. D. J. A.—Madrid.—No puedo complacer á usted.

Zoro.—Siento decir á usted lo mismo.

Rerum humanarum.—*Alque impublicabilem*.

K. Marones.—Eso de «yo te quise y te he olvidado sin dificultad» ha dejado de ser asunto de composiciones.

Julio.—¡Paciencia! Cada uno, cuando se pone de broma, enciende las tonterías que quiere.

L. Gante.—No se sabe qué admirar más, si la falta de originalidad ó las faltas de ortografía.

Rulla.—Sí, señor, están disponibles esos números. De lo otro no hablemos.

Sr. D. A. R.—Valladolid.—Por Dios, no hagan ustedes eso, que no puede tener gracia más que en uno.

S. K. D. T.—¡Socorro! que S. K. D. T. es de los que hacen letrillas todavía.

Pillín.—Ya se lo hemos conocido á usted.

Sres. D. R. T. y D. J. M.—Versifican ustedes ambos muy mal. Lo digo con la mano en la cruz de la espada.

Sr. D. L. B. T.—Madrid.—La primera iba con usted.

Nominal.—Así es el soneto. Porque lo que es efectivo.... Tanto tiene eso de soneto como yo de obispo.

Adelmirá.—Todas se han publicado. El anuncio, que puede usted ver, dice que á 50 céntimos. ¿Cree usted que es cosa de regatear?

El gorila.—¡Qué estrofa tan bonita para que la cante un tenorito cómico!

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

DISTRACCIÓN INOCENTE



«Prima cuarta es cosa que abunda.....» ¡Dios mío! ¿Qué será lo que abunda? ¡No! Pues yo no me acuesto sin dar en el clavo.....

Edt. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.